

LA IDENTIDAD CAMPESINA MAYA EN LOS
HORTICULTORES DE DZIDZANTÚN, YUCATÁN

Tradición y cambio rural

Mauricio Macossay Vallado

INTRODUCCIÓN

En este ensayo¹ se presenta, analiza y caracteriza la identidad campesina maya de los horticultores de Dzidzantún, parte del Yucatán hasta hace algunos años henequenero, que ha logrado diversificarse y trascender al henequén, sin buena parte de los graves daños sociales de casi todas las comunidades del área.

Saber el cómo se conforma la identidad campesina en el Dzidzantún de hoy, su esencia maya, lo cambiante de ella y sus potencialidades para el cambio y la transformación social y productiva, es lo que tratamos de dilucidar en este ensayo.

Las identidades sociales, sus esencias y formas, sus cambios y transformaciones, sus ritmos y movimientos son cuestiones particularmente importantes en el accionar de los grupos sociales; entender el cómo se construyen y conforman sirve para descubrir el cómo funciona la sociedad campesina regional, cómo se relaciona con el resto de la sociedad, cómo cambia y cómo podría transformarse en un sentido diferente, alternativo.

Se concibe a la identidad en el sentido que le da Villoro,² como el conjunto de rasgos propios que distinguen a un objeto frente a los demás y la representación que tiene el sujeto, aquello con lo que se identifica a sí mismo. Identidad colectiva es, entonces, la representación intersubjetiva, compartida por una mayoría de los miembros de un pueblo o grupo social, que constituyen un sí mismo colectivo.

Como para todo actor social, para los campesinos mayas yucatecos, y entre ellos para los horticultores, el asunto de su identidad tiene una especial relevancia, porque es en ésta y en el cómo se conforma y va cambiando, donde es posible entender buena parte de las causas, condiciones y efectos de su situación actual, de su papel, de su decreciente importancia económica y social en Yucatán, de sus posibilidades y caminos de vida, trabajo y desarrollo.

Desde el marco internacional de la mundialización, que ha influido en casi todas las formas de nuestra vida, se intenta caracterizar la identidad

Mauricio Macossay Vallado. Profesor investigador del Centro Regional de la Península de Yucatán de la Universidad Autónoma Chapingo, economista, con maestría en desarrollo rural y candidato a doctor en ciencias políticas.



campesina maya yucateca, para el caso de los campesinos de Dzidzantún, horticultores ahora, henequeneros hasta hace poco.

Se busca aportar a la comprensión del proceso de profundas y rápidas transformaciones generales y campesinas en una comunidad semirrural mayoritariamente maya, cercana y sujeta a la dinámica que impone la ciudad de Mérida. Se pone especial cuidado en precisar lo que la mundialización ha provocado en la comunidad y entre los campesinos en particular, aquellos elementos de disgregación y de sumisión a las leyes del mercado y a las formas de producción que éste impone.

En medio de la creciente influencia informativa, de la ideología neoliberal, en los actuales procesos de homogenización y homologación cultural, por un lado, pero también de sus contratendencias hacia la diversidad y la resistencia, dichas condiciones permiten, y en algunos casos construyen, nuevas identidades sin desdibujar lo esencial de la identidad campesina maya.

EL CONTEXTO REGIONAL Y COMUNITARIO

Dzidzantún es una comunidad maya yucateca de casi 8 mil habitantes, ubicada en el centro norte de Yucatán, en los linderos de la actualmente



reducida zona henequenera, a unos 76 kilómetros al noreste de Mérida.

Dzidzantún, como todas las comunidades del área, está sujeta en muchos sentidos a la lógica que le impone desde Mérida, como gran ciudad y capital, como centro económico y político regional, los agentes y grupos sociales que controlan el poder, la política y el comercio regionales.

El derrumbe henequenero y su reorganización completa afectó mucho a Dzidzantún y a sus campesinos, cambiando a fondo el conjunto de las relaciones sociales, económicas y políticas entre los actores sociales de todo Yucatán, aunque en formas diferentes según la comunidad específica.

Asimismo, los profundos cambios vividos en la Península han afectado a todas las comunidades rurales y campesinas como Dzidzantún, con el desarrollo turístico de Cancún y el caribe mexicano, con la fuerte expansión de la producción petrolera en Campeche, con la vertiginosa apertura comercial y al capital financiero trasnacional y nacional, con la crisis y caída de muchas de las actividades económicas tradicionales, la maquila y la actividad informal económica y social.

Es una comunidad que se ha venido urbanizando rápidamente, donde lo rural va decayendo en igual forma, mientras la producción agropecuaria y campesina se ha venido reduciendo en términos absolutos y relativos,

sobre todo en los noventa, aunque sigue siendo todavía la actividad económica más importante.

La migración desde los setenta, hacia Mérida, el caribe mexicano y EU, ha generado que haya unos 8 mil dzidzantunenses que viven fuera de su terruño. En los noventa la migración se incrementó.

Las unidades campesinas, mayas y mestizas, típicas del área, son diversificadas, tanto en sus fuentes de ingreso como en los procesos productivos y cultivos concretos que desarrollan: papaya maradol, papaya criolla, calabaza, pepino, chiles, tomate, aguacate, mango, cítricos, entre otras especies horto-frutícolas; por lo que la lógica ambiental, técnica, económica, social, cultural e incluso política, del conjunto de este sector, está altamente influida por la lógica campesina maya y mestiza, aunque sujeta al mercado interno regional de los productos que elaboran y de los insumos que requieren, ya que la mayor parte de su producción es mercantil, aun cuando conservan en pequeña escala la producción para el autoconsumo familiar.

En Dzidzantún se fue sustituyendo poco a poco el cultivo del henequén por la producción de hortalizas y frutales. En las últimas décadas la producción de éstas ha sido la principal base material y productiva de una serie de cambios y ajustes en la identidad maya y campesina del



área, que han permitido concretar una opción de cambio, transformación y diversificación productiva y económica. Todavía se producen, aunque en pequeñas cantidades, henequén y maíz en pequeñas milpas.

Sin embargo, han sido grandes e importantes los obstáculos ambientales, técnicos y económicos que se le han opuesto y frenado su crecimiento y desarrollo. Varias crisis particulares han golpeado la producción hortícola y campesina del área.

La economía, el trabajo y la vida de la gran mayoría de la población cambió de manera muy importante en los ochenta, ante la acelerada declinación del henequén y el auge hortícola de aquellos años. El derrumbe henequenero en toda la zona se acelera a partir de 1978 cuando la depuración de las nóminas del Banrural. En Dzidzantún la depuración acelera el proceso de diversificación hacia la producción hortícola y cambia de carácter la descampesinización, al jornalear crecientemente ya no en el henequén y para el ejido colectivo, sino ahora para los campesinos ex sedentarios y empresarios hortícolas del área.

La década de los ochenta en la comunidad es una década de auge hortícola, de siembras crecientes de tomate (principalmente el saladett) y chiles (habanero, xcatic, chahuá y dulce), principalmente, hasta 1989, cuando estalla la crisis de la mosquita blanca.

Paralelamente se da un proceso limitado de recampesinización, de varias decenas de unidades familiares, en tanto la horticultura se desarrolla por la libre, casi al margen de los circuitos de control económico y político del henequén, aunque sujeta a las formas y ritmos del capital comercial regional, pero los bajos niveles de capitalización campesina les impide a muchos de ellos tener los recursos suficientes para poder producir por su cuenta, aunque tierra no falta.

En septiembre de 1988 el huracán Gilberto golpeó duramente a Yucatán y a Dzidzantún, causando graves daños y múltiples destrozos en la agricultura y en el horticultura y fruticultura del área, afectando sobre todo a los campesinos. Modificó el equilibrio ecológico imperante y la plaga de la mosquita blanca se agudizó a partir del siguiente ciclo otoño invierno (el de 1989-1990); las mosquitas proliferaron con pocos enemigos naturales y controles químicos ineficientes y muy caros, generando infestaciones graves de varias virosis, transmitidas por estos pequeños insectos, en las parcelas de tomate y chiles, disminuyendo sensiblemente la producción y generando una caída productiva grave.

En los noventa los campesinos de Dzidzantún sufren nuevos e importantes cambios. Entre 1989 y 1992 se concreta la muerte del ejido colectivo henequenero, su desaparición

completa y el reparto de los planteles colectivos de henequén; en mayo de 1989 se reparten los escasos y mal cuidados henequenerales ejidales entre 105 ejidatarios, de un total de 800 que había en aquel entonces. En 1992 se les liquida en efectivo, en cantidades reducidas (6 millones de viejos pesos de aquel entonces, para la mayoría de ellos) así como la jubilación de la gente mayor, abarcando a casi la totalidad de los ejidatarios que todavía aparecían en el padrón ejidal; con esto prácticamente desaparece la producción henequenera de ejidatarios; mientras la producción de los parcelarios va reduciéndose hasta casi desaparecer; subsistiendo y en pequeña escala pocos planteles henequeneros y en manos de empresarios.

El desmantelamiento del ejido colectivo henequenero recibe su puntilla en 1998 y 1999, cuando se ejecuta el Procede, se parcela y reparte toda la tierra ejidal, al grado que no quedó nada en uso común. El desmantelamiento es la culminación del proceso de individualización ejidal y campesina que se ha venido dando desde hace décadas en el área, junto con el auge y crecimiento de la producción hortícola para el mercado. De alrededor de 1,000 unidades campesinas produciendo a fines de los ochenta se pasó a sólo 450 de ellas en 2002.

Desde 1996, controlada la crisis de la mosquita blanca, y con el auge

del cultivo de papaya maradol, la situación general y de los campesinos se recompone; y es en este entorno que surge en 1997 el cultivo de pitahaya en unas cuantas pequeñas plantaciones, como parte del camino más o menos obligado de la diversificación productiva y sobrevivencia campesina.

Hasta septiembre de 2002 se habían ido incrementando paulatinamente problemas fitosanitarios en el cultivo y producción de papaya maradol, con una importante declinación de este cultivo, revirtiendo la recuperación de parte del empleo, ocupación e ingreso en el área, generado por el derrumbe del cultivo y producción de tomate y chiles, a causa de la crisis de la mosquita blanca de inicios de los noventa. Era la presencia e infestación casi generalizada de microorganismos (mosaicos) que ponían en serio riesgo la producción y la permanencia de las plantaciones de papaya. Esto estaba generando una nueva y profunda crisis de proporciones y alcances muy amplios, poniendo en tela de juicio las escasas y todavía inmaduras mediaciones sociales y políticas que prevalecían hasta ese entonces en el área.

Tensiones que se estaban incrementando en cuestiones, como la venta de los productos agropecuarios, especialmente de los generados por los campesinos, con la manera como actúan y manejan los precios los compradores,



intermediarios y comisionistas, de la papaya y las hortalizas, que se la llevan principalmente a la centrales de abastos de la ciudad de México y de Mérida, manejando con mucha discrecionalidad los precios y las condiciones de compra y clasificación de la fruta y la verdura, en detrimento de los productores y campesinos, sobre todo.

En septiembre de 2002, 14 años después, otro huracán causa daños más graves. El huracán Isidoro golpeó con fuertes vientos y lluvias el centro de Yucatán, desde la costa hasta el extremo sur. Los vientos huracanados golpearon el área durante 8 horas, con lluvias especialmente abundantes, provocando graves y extensos daños en toda la agricultura y en la comunidad, extensas inundaciones en amplias zonas, en el norte y el sur, donde se concentran la casi totalidad de las parcelas; las inundaciones en el norte alcanzaron más de un metro de profundidad y se extendieron a unos 10 kilómetros, desde la costa hacia Dzidzantún, durando casi dos meses, terminando por arruinar las plantas que habían sobrevivido los vientos, destruyendo las parcelas, las plantaciones, los caminos rústicos y la infraestructura eléctrica. La ayuda alimentaria y el empleo temporal paliaron en el corto plazo los graves efectos del desastre. El huracán ha profundizado la crisis campesina y de la agricultura en el área.

LA IDENTIDAD CAMPESINA MAYA

La identidad campesina maya actual, sumamente dinámica y cambiante en las últimas décadas, se conforma por la combinación de un complejo conjunto de rasgos laborales, económicos, sociales, culturales, religiosos y políticos, estrechamente interrelacionados e interactuantes. Se intenta mostrar los principales rasgos actuales de dicho conjunto y los principales cambios que ha venido sufriendo recientemente.

Los campesinos de Dzidzantún son productores rurales agrícolas, dedicados principalmente a la producción de hortalizas y frutales; son mayas y mestizos, descendientes directos de los antiguos mayas que poblaron esta región, que conservan aún muchos rasgos culturales e identitarios indígenas, como el habla, los cuentos, tradiciones, leyendas e imaginarios; viven y trabajan organizados en unidades familiares domésticas, como conjuntos complejos de producción y consumo, con entre 6 y 8 hombres y mujeres, adultos y niños, donde todos colaboran y trabajan en mayor o menor medida para el funcionamiento de la unidad, en la idea y lógica de la sobrevivencia y trascendencia moral, de la subsistencia y no del lucro; se organizan mediante un conjunto diverso de actividades económicas y productivas, rurales y urbanas algunas de ellas, que les permiten obtener el ingreso necesario para vivir,

producir y reproducirse, como unidad familiar y productiva.

Las unidades familiares campesinas están cohesionadas por poderosos lazos culturales de parentesco, afinidades y pertenencias culturales y religiosas; mantienen un profundo nexo con la tierra, donde ésta es mucho más que el sustrato donde producen y obtienen sus productos básicos, para el autoconsumo y la venta en el mercado; este nexo y profunda relación con la tierra, junto con el carácter familiar de las unidades y del trabajo que utilizan, les permite mantener ciertos márgenes de independencia del agresivo entorno mercantil capitalista en el que se insertan, especialmente en momentos de crisis, cuando incluso se sustraen del mercado. Sin embargo, el mercado los ha ido condicionando más y más, las relaciones monetarias y mercantiles, con todos sus imaginarios individualistas y del lucro, han ido penetrando y modificando lo campesino maya, aunque todavía no han tocado el núcleo esencial de la identidad ancestral.

Son campesinos mayas que fueron principalmente henequeneros hasta los sesenta, parte de la gran maquinaria corporativa henequenera, y desde aquel entonces son principalmente horticultores y han tenido que diversificar sus fuentes de empleo y de ingreso dentro de la agricultura regional y fuera de ella también, principalmente desde los ochenta, cuando

la crisis henequenera toma visos de derrumbe generalizado.

Una de las bases materiales para su supervivencia como campesinos ha sido la asimilación y utilización de algunas técnicas modernas para la producción de hortalizas comerciales, que les permite acceder al mercado local y regional básicamente; en los últimos años han estado accediendo al mercado nacional con la papaya maradol, lo que les ha permitido generar y retener finalmente un mayor excedente económico.

La tecnología moderna para la producción de hortalizas comerciales, con riego, semillas mejoradas y agroquímicos sintéticos, como la que se usa para la producción de chiles, pepino, tomate, calabaza y papaya maradol, aplicada en la lógica campesina, no busca la obtención de la máxima ganancia, sino el obtener más de lo invertido en ella, más la vida de esos meses, que entra sin problemas mayores, en la lógica familiar, de vida, subsistencia, producción y reproducción de las unidades campesinas, aunque la va modificando. A diferencia de las formas capitalistas y empresariales no busca la obtención del máximo rendimiento, al no buscar la obtención de la ganancia máxima.

Los horticultores de Dzidzantún tienen cierta vergüenza pública del reconocerse indios, en una sociedad sutilmente racista y discriminatoria, donde de muy diversas maneras se



hace de menos a quienes son morenos, bajos de estatura y con rasgos fisonómicos indígenas. El término peyorativo *huiro* es ampliamente generalizado, incluso usado entre ellos mismos para referirse a alguien que no ha adoptado muchas cuestiones de la modernidad occidental.

Algo queda, y en los viejitos es muy evidente, del ver la vida afrontándola con serenidad y con la paciencia de los tiempos largos, basados en creencias y certezas religiosas y culturales y la dominación de siglos, propio de la visión y sentir de los pueblos indígenas mesoamericanos. Aunque hay mestizos, son todavía principalmente mayas, hablan maya, piensan, ven y actúan como tales, que es a la vez identidad, pertenencia, orgullo y vergüenza.

Evidencias de esto se pueden ver en las maneras de hablar, comunicarse e incluso de bromear entre ellos, que aunque no son totalmente en maya, es en un español lleno de modismos y giros mayas; maneras que poco se muestran ante gente diferente, de ciudad, o mestizos acatrinados³. Esto forma parte del discurso oculto que mantienen a resguardo de miradas e intromisiones extrañas y que les permiten mantener una identidad propia y distintiva de ellos, que oponen, en la mayoría de los casos en forma inconsciente, frente a la avalancha mediática de la modernidad instrumental occidental y consumista.

La integración indigenista fomentada por el Estado y las clases dominantes, después de siglos de dominación y subordinación, de dificultosa supervivencia, de paternalismo y de clientelismo político electoral priísta, ha generado una serie de máscaras y disfraces sociales con los que se arropan, para verse como quiere la sociedad mestiza citadina, de indios buenos, que quieren dejar de serlo y convertirse en mestizos, con costumbres y maneras de "gente bien".

Lo campesino y lo indio, al ser familiar y moral, subordinado y sometido, así como de hondas raíces históricas, les permite vivir y sobrevivir en condiciones difíciles y discriminatorias, impulsándolos a acomodarse en el sistema y ocasionalmente luchar por derechos colectivos, generando, en ocasiones, reconocimientos y avances democráticos, por su condición de subordinación y dominación; en medio de todo ello mantienen más o menos a salvo, definida con cierta claridad y resguardada, su identidad étnica, social, cultural, económica e incluso política.

El ser campesino en Dzidzantún, como parte del Yucatán henequenero, es especialmente modificación y reinvento cotidiano, es innovación productiva, social y económica, adaptación y ajuste de las maneras de trabajar, vivir y producir, relacionarse con los propios y los demás, no es estancamiento ni resistencia al cambio.

Destacan en el área e incluso en la zona henequenera por su capacidad innovadora en la producción hortícola y frutícola, por sus cambios y ajustes, por haberse liberado de las relaciones henequeneras y ejidales corporativizadas y tomar una senda hacia la recampesinización en varios sentidos. No sólo empujados por el derrumbe del henequén y del ejido colectivo, sino en muchos casos por impulso propio, por iniciativa social autónoma. Influidos, es cierto, por la modernidad occidental, el concepto de progreso y el mercado, recibidos por medio de la amplia y generalizada influencia de los medios masivos de comunicación, particularmente la radio y la televisión, aunque en menor escala de los periódicos y revistas, pero también como producto de una lectura hacia delante, progresiva, de su realidad, de sus necesidades y de sus posibilidades, desde sus raíces y raigambre maya ancestral, transmitida oralmente por la gente mayor.

Los grandes cambios, ajustes y modificaciones tecnológicas, económicas e incluso sociales y culturales que han realizado en las dos últimas décadas dan claro testimonio de esta actitud. Han casi abandonado el cultivo del henequén, que se ha reducido y limitado a unos cuantos pequeños propietarios y uno que otro parcelario y han entrado de lleno a la producción mercantil de hortalizas y algunos

frutales, como la papaya maradol, con notable éxito productivo, pero con las limitaciones que el mercado regional les impone en cuanto a precios y condiciones de venta.

La vía de cambio y diversificación productiva y económica que han seguido la mayoría de los campesinos de Dzidzantún, es una vía fundamentalmente campesina, familiar, moral, de uso, que ha dado resultados especialmente destacables, en comparación con las demás comunidades circunvecinas, donde el campesinado está en franca extinción al parecer; gracias a la naturaleza campesina de las unidades productivas y el impulso e iniciativa de centenas de ellos. Sin embargo, la crisis capitalista general del país y de la región la ha frenado, y la crisis productiva y económica de la mosquita blanca le ha impuesto claros límites.

La crisis de la mosquita blanca frenó el proceso de cambio y desarrollo rural que se vivió en el área en los ochenta, generó graves problemas y fue el detonante último de la quiebra de muchas, casi la mitad de las unidades campesinas, obligadas a realizar otros trabajos y desarrollar nuevas tácticas de vida y trabajo para sobrevivir. La creciente producción de tomate rojo y de chiles verdes se vio frenada y se derrumbó en los primeros años de los noventa, ante la mosquita blanca y frente a la falta de eficacia⁴ de los plaguicidas comerciales y los



paquetes tecnológicos disponibles en el mercado regional.

Sin embargo, y gracias a su naturaleza campesina maya, muchas unidades familiares enfrentaron la emergencia y sobrevivieron como tales; se mantuvieron produciendo, aunque más diversificadas todavía. En dicha crisis particular, muchas unidades de corte empresarial desaparecieron y se dedicaron a otras actividades; esto muestra la flexibilidad y aguante de las unidades campesinas y forma parte de sus virtudes sociales y productivas.

Actualmente son productores agrícolas y cada vez más y al mismo tiempo, jornaleros rurales y urbanos, que en primera instancia producen para el mercado regional y nacional, aunque lo hacen también para el autoconsumo familiar y comunitario, dentro de la lógica de la subsistencia y la trascendencia familiar y social.

Es su cultura campesina⁵ e indígena, de apego a la naturaleza, a la tierra, a sus ciclos y altibajos, de regirse conforme a las tradiciones y costumbres ancestrales, transmitidas oralmente la mayoría de ellas, y a los dioses y divinidades mayas y cristianas entremezcladas, en sus diversas y variadas formas y expresiones particulares, la que les guía y orienta en todo momento en su vida social, económica, productiva y política. Y es su carácter dinámico, cambiante, en movimiento perpetuo, el que impulsa

cambios en estas ideas y creencias y en las formas materiales de trabajo, vida y producción.

Es en la cultura, en las ideas, y con ellas las identidades colectivas e individuales en su constante redefinición, el ámbito donde los cambios son más evidentes y notorios. Los ajustes y redefiniciones de los años recientes han sido especialmente fuertes, vertiginosos, desconcertantes en muchos casos, obligados por la mundialización en general, por los grandes y profundos cambios en todos los ámbitos de la vida, por las nuevas dinámicas económicas, productivas y sociales que el capital financiero va imponiendo paso a paso, por las políticas estatales y concretamente por la crisis particular local, económica y productiva, de la mosquita blanca, de principios de los noventa y la conversión productiva a la papaya maradol desde 1996, que ya muestra a estas alturas claros signos de agotamiento.

Aunque forma parte de las condiciones y situaciones de la mundialización que han obligado a cambios muy importantes en la vida, trabajo y cultura de los campesinos, merece especial mención y análisis el asunto de la creciente influencia e interdependencia cultural generada por la mayor presencia e influencia de los medios de comunicación.

Los medios de comunicación masiva, especialmente la radio y la televisión, ampliamente generalizados

en la comunidad desde tiempo ha, como producto de los excedentes económicos que las familias campesinas obtuvieron durante los ciclos de auge productivo hortícola, han logrado altos niveles de penetración e interiorización en el imaginario colectivo, en los modelos y formas culturales de ver, vestir, hablar e incluso de pensar, que están modificando sensiblemente el mundo de las ideas y de la cultura comunitaria campesina e indígena.

Una expresión de este fenómeno es la creciente individualización que la modernidad informativa y publicitaria capitalista, occidental, de razón instrumental y acendrado pragmatismo, individualismo, egoísmo y hedonismo, ha venido introduciendo, particularmente entre los jóvenes, por medio de la música y algunas expresiones artísticas, de vestimenta, de gestos, palabras, expresiones idiomáticas y corporales, formas de ver y vivir la vida, de enfrentarla. Se expresa también en el desprestigio y baja estima social de todo lo rural, lo agrícola, lo campesino, lo maya, lo autóctono; pero es especialmente grave cuando se interioriza en el imaginario de los propios jóvenes campesinos, minando las formas y mecanismos tradicionales de trascendencia y reproducción social generacional.

Se aprecia un importante deterioro cultural y la creciente creencia de la inutilidad del sentido colectivo maya

de pertenencia, de su anacronismo, debido a los efectos de la pobreza, del desempleo y la emigración, así como la influencia de las ideas y las políticas neoliberales, de los programas oficiales de educación y a la influencia ideológica de los medios de comunicación.

A pesar de todo ello, significativos grupos de campesinos actuales siguen caracterizándose por el fuerte peso de la cultura y de las relaciones sociales mayas. Se han adaptado a las nuevas condiciones, al mismo tiempo que han ido creando otras que les permitan a la vez, resistir y crear las bases para una alternativa social y nuevos espacios para vivir, trabajar y desarrollarse.

La mundialización incluye también fuertes contratendencias, como la profundización de las diversidades; así como el mercado funciona regional y nacionalmente, los campesinos al estar insertos en él adquieren, obligados a resistir en ambos, una renovada visión política general, precisamente cuando la mundialización pone en primer lugar a la economía y reduce el espacio de la política. La mundialización, contradictoriamente, refuerza la identidad indígena y campesina que quiere eliminar, politiza la producción de supervivencia, que se transforma también en escuela de autoorganización, ante el arrinconamiento y la agudización de sus



condiciones y circunstancias de vida y funcionamiento.

Es a partir de sus particulares formas de economía indígena y campesina, de subsistencia y trascendencia social, renovadas y en cambio permanente, que los campesinos horticultores yucatecos trabajan en el mercado, produciendo para el mercado y para el autoconsumo al mismo tiempo, aunque bajo su propia lógica, mientras mantienen, renuevan y refuerzan en el seno de sus unidades domésticas campesinas, la solidaridad y la visión colectiva, entre las diversas generaciones y entre los sexos.

Su inserción en el mercado toma la forma de una resistencia casi instintiva, de profundas raíces y largo aliento histórico, de identidad india y campesina, que les permite insertarse y moverse dentro del mercado y sus profundas contradicciones, tendencias y contratendencias, y alejarse en momentos de crisis y de problemas, sobreviviendo.

Los campesinos horticultores han sido, en las últimas décadas, actores sociales en un cambio rápido y vertiginoso, por la velocidad y profundidad de los cambios económicos, sociales y políticos de la sociedad regional toda y del área, ante el derrumbe henequenero, la creciente urbanización y las reestructuraciones forzadas que esto ha traído consigo en casi todos los ámbitos de su vida.

Son uno de los importantes grupos sociales dominados, oprimidos y explotados de la sociedad regional, que no han podido trascender como sujetos sociales y dirigir su camino, y es por ello precisamente que han decidido pocas cuestiones de su propia vida y desenvolvimiento, de sus posibilidades de desarrollo y trabajo, aunque sobreviven, y lo hacen como campesinos e indios a la vez, y es ahí donde está la clave, creemos, de su sobrevivencia y su trascendencia.

La subjetividad campesina, base de su identidad y sentido de pertenencia, se construye y reconstruye constantemente a partir de sus referentes con la naturaleza, la agricultura y lo indígena, la colectividad y la solidaridad, su historia y raíces, lo tradicional y lo antiguo, aunque también lo nuevo, lo moderno. Y esta subjetividad tan cambiante y reelaborada, que se construye y reconstruye de forma muy flexible, que se dobla pero no se quiebra, a partir de la base moral, doméstica y familiar de las unidades campesinas, es la que les permite adaptarse a los cambios, adoptar algunas cosas, formas, técnicas y maneras, salvaguardando lo esencial, el ser campesinos e indios, la trascendencia social.

La persistencia de algunos mitos y el romanticismo⁶ indígena tienen un profundo contenido humanista que les impulsa a mantenerse y adaptarse, a cambiar y permanecer a la vez,

y es esto lo que les ha permitido sobrevivir a tantas y tan fuertes adversidades; y en ciertos momentos y circunstancias emprender luchas por derechos y espacios de vida y trabajo.

Los mitos⁷ significan, muchas veces, en los campesinos mayas yucatecos, reivindicaciones históricas necesarias que tienden a generar acciones, aunque están aparentemente en el olvido y el desuso, aparecen cuando menos se piensa; se mantienen en las tradiciones orales que la gente mayor hereda a las nuevas generaciones; sin duda, tienen un papel importante en el imaginario colectivo, en las identidades sociales y en las posibilidades

de cambio, y mucho más de lo que se piensa comúnmente.

CÓMO SE HA POLITIZADO LA IDENTIDAD

Los campesinos mayas de Dzidzantún se han visto obligados a politizar sus formas de vida y de trabajo ante la rapidez y radicalidad de los cambios que se han venido sucediendo en todos los ámbitos de su vida y su cultura, ante la caída de sus niveles de vida y sus condiciones de trabajo, ante las menores expectativas de progreso y vida desahogada, ante la necesidad creciente de resistir el embate del mercado y de quienes lo controlan; en síntesis, de las expresiones locales y particulares





que ha asumido la mundialización en Yucatán y especialmente en las áreas hortícolas, como áreas productivas para el mercado interno regional y el consumo urbano.

Se politizaron rompiendo y saliéndose del control corporativo henequenero, optando por relaciones menos controladas en la horticultura y con pocos apoyos productivos, cuando cambiaron el acento productivo y fueron poniendo el acento en las relaciones de poder, en la necesidad de cambiar a los aparatos y las formas del poder, pero a favor de ellos, en la necesidad de transparencia, democracia y justicia, de que puedan retener una mayor parte de la riqueza social, en el cuestionamiento a la ineficiencia y corrupción, en el manejo de los asuntos públicos, a los políticos, a los partidos, a los aparatos gubernamentales y al Estado, cuando cuestionan los mecanismos de la dominación y el orden establecido y van imaginando primero, nuevas formas y mecanismos, y luego van impulsándolos paulatinamente. Cuando se organizan de manera cada vez más autónoma, cuando consideran que las explicaciones oficiales y de los aparatos priístas no sólo no son suficientes, sino en muchos sentidos inadecuadas, para comprender lo que pasa y el cómo enfrentarlo, para poder seguir viviendo y trabajando con dignidad.

Se politizan cuando cuestionan crecientemente al PRI y van cambiando

las preferencias partidarias y electorales, cuando cada vez es más difícil para las fuerzas dominantes, imponer su dominio y los consensos sociales que les favorecen.

Se fueron politizando y cambiando poco a poco, primero algunos, como siempre, y luego le fueron siguiendo los demás. Los cambios son más evidentes y generalizados a partir de los ochenta, y sobre todo en los últimos años, cuando los cambios políticos, partidarios y electorales nacionales y regionales han sido más notorios y evidentes. Pero los cambios no han sido organizados, ni parte de grupos organizados, sujetos sociales que emprenden un camino consciente. Más bien han sido cambios espontáneos de pequeños grupos y familias que no han podido articularse, salvo en unos cuantos casos, casi de excepción.

Es en las grietas y contradicciones, en las estructuras y las formas sociales establecidas en la sociedad regional, donde los mitos, las ideologías, las expresiones culturales, dominantes y subalternas, expresan los equilibrios y desequilibrios en las complejas estructuras del poder y la dominación y donde se entretejen las redes de relaciones sociales concretas que dan sentido⁸ a la acción social campesina y determinan los caminos y transformaciones posibles.

En Dzidzantún las principales grietas y contradicciones sociales detectadas, en torno de la vida campesina, son

la creciente y avasalladora influencia informativa y cultural de los medios masivos de comunicación, los cambios culturales especialmente evidentes en los jóvenes, la adopción de formas culturales de vivir, verse y trabajar, que desprecian lo rural, lo campesino y lo agrícola, sobrevalorando al mismo tiempo lo citadino y los servicios, la desaparición del ejido colectivo henequenero y del aparato corporativo de control político, la reducida cobertura de programas de apoyo a la producción agrícola y pecuaria, la absoluta preminencia de una red de intermediarios (dominada por unos cuantos medianos y grandes) en la compra de los productos campesinos, fijando bajos niveles de precios, fuertes fluctuaciones y malas condiciones de compra y los altos y siempre crecientes precios de los insumos agroquímicos comerciales; por todo ese conjunto de mecanismos y de contradicciones los campesinos son sometidos y expoliados, pero a la vez son las grietas por donde la resistencia campesina va, crece y se mantiene.

En las expresiones culturales campesinas, como expresiones de un grupo social y clase subalterna, se puede apreciar mucho de la visión y de las posibilidades de cambio y transformación social desde los campesinos. Es en las fiestas populares, como en los momentos de charlas y pláticas relajadas e informales, y en muchos aspectos de la vida diaria, donde se puede ver

el discurso oculto de los campesinos, como dominados, su motivaciones y visiones reales de las cosas, del entorno social y de los dominadores.

Es cuando se aprecian expresiones desenfadadas de las cosas, como los apodosos y burlas hacia el poder, las formas de éste y quienes lo ejercen, no sólo como mecanismos de desahogo emocional y afectivo, sino como el espacio social donde se va construyendo un imaginario de cambio, de posibilidades diferentes a las actuales, a las que los oprimen.

En estos momentos y espacios son donde se construyen y reconstruyen buena parte de las identidades sociales e individuales, mostrando profundas emotividades sociales y mitos. En ellas lo grotesco, como expresión desmesurada, caricaturizada e irreverente de la realidad, es un recurso para la expresión popular cómica y burlesca, que ofrece expresiones creativas, diversas, críticas y autocríticas, que manifiestan rebeldías de todo tipo. Rebeldías e inconformidades que no son sólo de crítica a la dominación y a los dominadores, sino también expresión de nuevas formas de relaciones sociales, que tienden en algunos casos hacia la justicia, la libertad y la dignidad. Su importancia radica en lo libertario de estas expresiones, ya que las rebeldías se expresan allí contra las instancias del poder económico, social y político que se sienten más opresivas, desde las frases, caracterizaciones, imitaciones



y personajes que son objeto de éstas. Y el que se muestren simplemente son el primer paso y evidencia suficiente de deseos y posibles proyectos de cambio.

Los campesinos mayas horticultores han peleado por su autonomía, más allá de declaraciones y discursos públicos, lo han hecho calladamente, en su vida cotidiana, en sus cambios e innovaciones, al mantenerse campesinos e indígenas; abiertamente no han expresado la demanda ni las formas para alcanzarla, no han tenido la capacidad ni la suficiente fuerza e inteligencia para hacerlo explícito ante la sociedad. Pero la necesidad y el sentido de autonomía existe, aunque se siente que no hay condiciones propicias para que salga a la luz y pueda convertirse en reclamo y acción social. Algunos interpretan lo anterior como la evidencia de que tal deseo y demanda de autonomía no existe, sino que los campesinos indígenas, sobre todo aquellos muy ligados al mercado, están dejando de ser indígenas y campesinos, se están integrando a la sociedad mestiza y mimetizándose en ella, tratando de actuar crecientemente en la lógica empresarial, aunque con poco éxito.

Lo que tienen muy claro los campesinos es que no quieren ser vagón de cola de la sociedad rural, a que los han destinado los programas oficiales y los grupos y clases dominantes; quieren ser protagonistas, activos y

participantes, constructores de sus propios espacios, proyectos y caminos, aunque es cierto que no han atinado, no han podido tomar un papel activo en esto.

La politización y el sentido mismo de lo político han ido también modificándose, no sólo relativamente en el conjunto de su identidad social y cultural, sino incluso en sus posiciones frente al poder y los poderosos. Pero esto en un sentido muy diferente al de la política partidaria.

Se trata de formas políticas de organización, gestión, autoridad y representación en el seno de la comunidad y de los grupos sociales y en relación con el Estado, e incluso con los partidos políticos, cuyo sentido original maya, democrático-comunitario, de rescatarse y retomarse amplia y conscientemente, tendría un papel especial en la vida cotidiana e insustituible en la construcción de proyectos y opciones de desarrollo, que partan de las formas políticas campesinas que han mantenido en sus unidades familiares y comunidades, más o menos salvaguardadas de los estilos partidarios.

Sin embargo, el quehacer político partidario, sobre todo el corporativismo priísta, ha calado hondamente en ellos, con el debilitamiento de las formas y mecanismos orales de transmisión del conocimiento y las tradiciones ancestrales, con la penetración del individualismo y la razón instrumental, así como las cuestiones

de la democracia representativa liberal burguesa, con su cauda de principios y formas de organización y de representación a partir de delegados, de notables, quienes todo o casi todo lo saben y tienen entonces por ello, la posibilidad de tomar las mejores y más informadas decisiones, desdeñando la participación amplia del conjunto y la toma de decisiones, y con ello la ejecución de las decisiones.

El manejo político partidario tradicional de la clase política mexicana y yucateca, y de la clase política de Dzidzantún (muy parecida a la regional, con casi todas las "virtudes y defectos" de ésta), con grandes diferencias entre el decir público y lo que se dice en privado, en corto, entre lo que se declara públicamente y lo que efectivamente se hace, con la aplicación cínica de la llamada "real politik", apegada a los intereses de las clases y grupos dominantes, como si fueran los únicos posibles y por lo tanto irremediables, con el caudillismo, ampliamente generalizado también en la región y en el área, generan en el mejor de los casos que los campesinos sean pequeños, dispersos y manipulados clientes de la clase política y de los partidos y sus fracciones.

El hecho de que sea vea como algo casi natural que los políticos se sirvan, en vez de servirse, se enriquezcan y desvíen recursos públicos en su beneficio personal y del grupo que encabeza el ayuntamiento, es parte

de estos cinismos políticos. El que en las campañas electorales, tanto al interior de los partidos, como en las elecciones municipales, se recurra a la compra de votos, a regalar dinero, comida, alcohol, gorras, camisetas, bolsas, etcétera, el que se haga trampa en las elecciones, en cualquier forma, se ve como algo casi natural y casi inevitable, característico de la política real, así como se reduce la política, en el habla común, a las elecciones y al funcionamiento de los partidos, con el reparto de posiciones de poder, representación, manejo y gestión de los recursos públicos y gubernamentales. El vaciamiento ético de la política partidaria y gubernamental y de sus formas constituye una expresión generalizada en la sociedad actual, también en Dzidzantún.

Sin embargo, cuando los campesinos logran librarse de las fuertes, amplias y generalizadas ataduras políticas e ideológicas de los partidos y sus formas, o con apoyos que respetan sus tradiciones y formas ancestrales de actuar, tienden de manera espontánea a seguir el principio maya de la democracia comunitaria, que antepone la ética y sin despreciar lo individual antepone el interés colectivo e impone a los líderes y portavoces el mandar obedeciendo indio mesoamericano, que tan famoso ha hecho el EZLN. Principio que no es producto de la supervivencia de formas de un inexistente y vago pasado



prehispánico, sino más bien producto de la dominación y de la resistencia de siglos, de los cambios obligados y voluntarios que se operan en la conformación social y cultural de la gente, de los grupos y colectividades comunitarias campesinas indígenas, como Dzidzantún.

No obstante, estas expresiones políticas en Dzidzantún en las últimas décadas son ocasionales, semiocultas, poco visibles a simple vista, por no coincidir con las formas políticas ampliamente imperantes en el área, pero sobre todo por no corresponder a los intereses de los grupos sociales que dominan y los grupos políticos que ejercen e implementan dicho dominio. Ocasionales, ocultas, existen, se mantienen, podrían por tanto en algún momento resurgir y salir a escena, poner a la política, al poder y a la representación social de pie, a favor de los grupos campesinos y oprimidos de la sociedad en el área.

En los grupos de campesinos que se organizan en forma más o menos autónoma e independiente, los líderes actúan bajo la lógica del mandar obedeciendo y son portavoces del movimiento, que llevan y traen la información a asambleas, donde se toman las decisiones, se acuerdan las acciones y se evalúan y ajustan.

Algunos campesinos se dan cuenta plena de que, como grupo social, tienen que trascender sus propias limitaciones y ataduras políticas e

ideológicas, de décadas de sometimiento, de sujeción a la ideología del nacionalismo revolucionario, que en Yucatán y particularmente en la zona henequenera fue especialmente fuerte, por el reparto agrario cardenista y el corporativismo ejidal henequenero, el clientelismo priísta y la corrupción generalizada de varias décadas.

De variadas forma y maneras se han ido rompiendo lazos, por impulso campesino y por el deterioro y desprestigio del corporativismo, así como por el individualismo que pregonan insistente y en muchos sentidos exitosamente los medios de comunicación.

El enorme desgaste y desprestigio del corporativismo, el fracaso económico y político de las últimas décadas, los ajustes neoliberales, el adelgazamiento y abandono del Estado, juegan hacia el cambio y nuevas formas de control político e ideológico, más sutiles y perversas, dirían algunos por subliminales, pero indudablemente más efectivas, bajo la enorme presión de los medios de comunicación, hacia el individualismo neoliberal, egoísta, consumista y hedonista, que impacta de manera especialmente significativa a los jóvenes.

POTENCIAL DE CAMBIO

La resistencia campesina indígena en Dzidzantún está transformándose cualitativamente, obligada por las duras circunstancias y los procesos

de exclusión social que se van generalizando en la región, adaptándose a las nuevas condiciones que le imponen la mundialización y los cambios nacionales y regionales e intentando permanecer como campesinos e indígenas, aunque hay que reconocerlo, con poco éxito.

Podría llegar a ser opción de cambio y de desarrollo auténtico, pero tendría que modificarse a fondo; no basta con resistir, tiene que construir los sujetos del cambio y las nuevas fuerzas y alianzas que permitan cambiar las relaciones sociales actuales y abrir nuevos espacios y posibilidades. Tales cambios y nuevos espacios están más allá de la comunidad y del área, están en el plano regional, nacional e internacional.

La subjetividad social⁹ campesina que se reconstruye paso a paso en medio de grandes dificultades y obstáculos de todo tipo, tiende a preservar valores éticos y morales esenciales, de diversidad ambiental, biológica, productiva y cultural, de profundas raíces y tiempos largos. Es por ello necesario que los propios campesinos den la pelea porque dicha reconstrucción sea en un sentido progresivo, que preserve esos valores esenciales y la ética y confronte a las fuerzas sociales que tienden a destruirlo y homegenizarlo, a desaparecerlo.

Las hegemonías materiales, económicas, sociales, políticas y culturales

que le son impuestas a los campesinos, en la producción y en el mercado, en las estructuras sociales y políticas, son las relaciones sociales existentes, producto de la correlación de fuerzas entre éstas, que no son estáticas y dadas de una vez y para siempre, y a las cuales reaccionan, acomodándose o resistiendo de muy diversas formas, tonos e ingenios y con variados acentos, frente a la sociedad y los demás actores sociales.

Los campesinos de Dzidzantún, en su aparente inmovilidad e inercia, encierran energías colectivas latentes, que ahora sólo se expresan en la forma de ciertos equilibrios y formas sociales para la producción, trabajo y vida más o menos normales, porque la crisis productiva del tomate fue superada, aunque debe reconocerse que no llegó a una crisis profunda. En sus cotidianidades, en su vida diaria, se pueden ver pocos, pero significativos, signos de acción y lucha colectiva, que podrían implicar la existencia de uno o varios sujetos sociales¹⁰, embriones de movimientos sociales.

Embriones subversivos en sí mismos, porque intentan conservar sus formas de vida y trabajo, de trascendencia familiar, moral, étnica, a contracorriente de la mundialización, que los destruye y quisiera eliminarlos por completo¹¹. Para las fuerzas de la modernidad neoliberal, globalizadora, el único camino posible es el de la desaparición de los



campesinos indígenas, como tales, como campesinos e indígenas, con su integración y mestizaje totales en estructuras económicas y sociales como las que están generando las maquiladoras en diversas partes de México y de Yucatán.

La dimensión clasista de la acción social de los campesinos de Dzidzantún, como campesinos, como propietarios de tierra y productores horto-frutícolas, enfrentados a crecientes costos de producción, bajos precios y malas condiciones de venta de sus productos, les orilla a resistir como campesinos, diversificando sus cultivos y su producción, combinando cultivos de ciclo corto, con algunos otros de ciclo medio y largo, buscando y generando innovaciones técnicas que les permitan aumentar sus rendimientos, pero sin llegar a la búsqueda de la ganancia máxima, sino para defenderse de un mercado que los abrumba y oprime, los explota, buscando momentos, coyunturas, que les permitan en ocasiones retener un poco más del excedente económico que generan. Y resisten como campesinos, pero mayas, recurriendo al arsenal ancestral maya y mestizo que han venido construyendo, utilizando y adaptando desde siglos. Resisten porque no tienen otro remedio, porque tienen que seguir viviendo y lo hacen como saben hacerlo, como campesinos y como mayas.

Ha habido realmente pocos momentos de conflicto, de ignición social, en las últimas décadas, por la relativa estabilidad y equilibrio que los campesinos, con la migración y con sus ajustes y adaptaciones al mercado hortícola y a las relaciones económicas, sociales y políticas prevalecientes en el área han ido realizando, y no porque no hubiera causas y problemas suficientes que los llevaran hacia situaciones de una conflictividad social aguda.

Los campesinos horticultores del Dzidzantún de hoy no han podido ser todavía sujetos del cambio, del desarrollo rural; algunos grupos son actores sociales en proceso de organización y de conquista de una conciencia diferenciada. Ha predominado en ellos más las condiciones económicas sociales y políticas que la mundialización y el neoliberalismo han impuesto y que les orillan a vivir y producir para el mercado, adaptándose a él, pero con pocos, aunque significativos, intentos de influir y transformarlo en su beneficio.

Como campesinos indígenas, en un medio decididamente poco propicio para lo rural, lo agrícola y lo campesino, con fuertes tendencias hacia los servicios y la industria maquiladora, saben que están en grave peligro y buscan de múltiples e ingeniosas maneras cómo responder, en tanto llega el momento de los cambios de fondo, aquéllos de los tiempos largos, de los

mitos, las tradiciones y leyendas de los ancestros. Con cada vez mayor conciencia del poco peso que tienen en la producción y la economía regional y de que para poder preservar sus formas de vida y trabajo tienen que cambiar la región y el país, sumándose a movimientos sociales que pueden llegar a detonar cambios sociales radicales¹².

Recurren a su historia, a su cultura, a sus tradiciones y costumbres, reconstruyen y recomponen sus identidades, las hacen más vastas y flexibles, ubican todo, sus posibilidades, proyectos y anhelos en una perspectiva de trascendencia social y cultural y productiva, aunque también política y de resistencia, desde lo que saben y tienen certeza, desde sus formas de ver, vivir y trabajar desde lo local, la mundialización de las resistencias ante los acosos del mercado y el abandono del Estado.

Resisten esperando tiempos mejores para la construcción de otro tipo de globalidad, donde no estén tan excluidos y marginados como ahora. Al resistir y repudiar muchas de las cuestiones de esta globalidad neoliberal que se les impone, es porque sienten los efectos de la exclusión y se niegan a ser arrastrados sin resistirse.

El nacionalismo revolucionario, cardenista y priísta, tan abrumador y generalizado, impuesto, difundido y legitimado con el ejido henequenero,

desaparece y muere con éste y con la caída en la agroindustria henequenera; la horticultura no sólo ha sido la fuente de diversificación productiva, material, sino también de emancipación y de reconstrucción de una conciencia e identidad campesinas redefinidas, con aliento prehispánico, emancipador y de autoorganización social.

Ante el derrumbe de los aparatos de mediación y dominación, los roles sociales se incrementan y no es suficiente la cultura neoliberal¹³ para generar nuevos equilibrios estables. La autoorganización y la autonomía crecen paulatinamente, aunque enfrentan obstáculos inmensos y muy poderosos, no sólo de los grupos dominantes, sino incluso producto de sus propias debilidades y demonios como campesinos.

Las posibilidades del surgimiento y construcción de nuevos sujetos sociales, campesinos e indios y mestizos, por los peligros de la creciente exclusión y marginación social a que los arroja el capital financiero, que puedan ir erigiendo poderes alternativos y subjetividades distintas, en medio de la mundialización, están en la construcción de intensas experiencias colectivas y procesos largos y paulatinos locales, pero con una creciente interconexión regional, nacional e internacional, enfrentando todo tipo de obstáculos y dificultades, con sujetos dispersos y heterogéneos,



con demandas particulares y muy diversas, pero que los abarque, los incluya, para poder hacer realmente factible la construcción paulatina de otra Modernidad.

Como dice Almeyra, no es la idea de utopía la que construye a los sujetos del cambio, sino la rebelión, el inconformarse con el estado que guardan las cosas¹⁴. Y la rebelión no surge de puros descontentos sociales y culturales, sino de las profundas desigualdades e injusticias materiales, económicas, así como de la marginación, de la humillación, el ninguneo y el querer ser alguien.

Es necesario, aunque no suficiente, tener un proyecto de cambio y

transformación; pero también se requiere la actividad práctica para hacerlo posible en la realidad. Se requieren los sujetos sociales y políticos que lo lleven a cabo, que estén organizados para la acción, así como las vías y caminos para ésta.

La pluralidad de la conformación y surgimiento de los nuevos sujetos sociales del cambio y la transformación de nuestra sociedad, incluida la rural, con la flexibilidad campesina e india, abre importantes expectativas y posibilidades de que esto se logre pronto, ante los límites cada vez más estrechos del actual orden social, que generaliza y difunde la pobreza, la miseria y la exclusión social.



NOTAS

- 1 Es producto del proyecto de investigación "Mercado e Identidad Campesina en Dzidzantún" que se desarrolló en 2000 y 2001 y de un proyecto de servicio que se viene haciendo con campesinos del área desde fines de 1999 hasta el 2003, con el apoyo del Centro Regional de la Península de Yucatán y el Programa de Investigación y Servicio en Regionalización Agrícola y Desarrollo Sustentable, de la Universidad Autónoma Chapingo.
- 2 Villoro, L. Apartado "Identidad de los pueblos". Págs. 63 a la 66. En: *Estado Plural, pluralidad de culturas*. Paidós y Facultad de Filosofía y Letras-UNAM. México. 1998
- 3 Llamam acatrinados a los indígenas que han adoptado las maneras de vestir, hablar y comportarse de ciudad y de las clases medias y ricas.
- 4 Los insecticidas comerciales disponibles no fueron ni mínimamente efectivos para controlar esta plaga; algunas personas opinan que es producto del uso indiscriminado y excesivo de insecticidas en el área y en todo Yucatán, que generó un conjunto de mecanismos de resistencia de tal plaga.
- 5 Vista como la conjunción compleja y multilateral de las subjetividades y objetividades de la vida campesina y comunitaria.
- 6 El romanticismo indígena como expresión de formas propias de pensar y razonar de manera elaborada, llena de sentimientos y sentidos míticos y místicos, diferente, en otra lógica, a la ilustración y el racionalismo occidental; se basa precisamente en mitos e ideas fundadoras que vienen desde siglos atrás y que alimentan subjetiva y culturalmente a los grupos sociales actuales y les ayudan en la sobrevivencia.
- 7 Los tiempos largos indígenas, la paciencia, la aparente mansedumbre y conformismo, son rasgos de la persistencia de los mitos fundadores, porque cuando los tiempos llegan, la rebelión se abre paso y es entonces el momento de actuar, de cambiar las cosas, de poner el mundo de pie nuevamente, de la subversión del orden establecido, de cobrar las cuentas, las humillaciones, la dominación, de ser sujetos de su historia y dueños de su destino. Tal y como ha venido sucediendo en Chiapas.
- 8 Es en estas cuestiones donde se puede apreciar que lo ideológico tiene un funcionamiento y una importancia reales,

más allá del reflejo más o menos fiel, en el mundo de las ideas, de las situaciones y condiciones materiales.

- 9 Vista como el imaginario de los grupos sociales, de las personas y las familias, el mundo de sus ideas, sentimientos y motivaciones; implica a las identidades, aunque es mucho más que ellas.
- 10 Aunque no toda acción colectiva implica necesariamente la existencia de sujetos sociales.
- 11 Almeyra, G. "El Estado de competencia, la lucha por otra mundialización y los actores de la resistencia" Pág. 8. Ponencia en el Coloquio Internacional: *Moviendo montañas: transformando la geografía del poder en el sur de México*. 21 de marzo del 2001. Acapulco, Guerrero.
- 12 *Idem*. Pág. 9.
- 13 *Idem*. Pág. 5.
- 14 Almeyra, G. "Caminos de interioridad, construcción del mundo y construcción del sujeto". Págs. 12 a 17. Ponencia en el Foro: *Universidad y cambio de época 1999*, 8 al 11 de junio de 1999, Universidad Iberoamericana, Golfo Centro.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeyra, G. "Las dos modernidades". En: *La sociedad frente al mercado*. María Tarrío y Luciano Concheiro, coordinadores. UAM-La Jornada Ediciones. México. 1998.
- Ibidem*. "Caminos de interioridad, construcción del mundo y construcción del sujeto". Ponencia en el Foro: *Universidad y cambio de época 1999*, 8 al 11 de junio de 1999, Universidad Iberoamericana, Golfo Centro.
- Ibidem*. "El Estado de competencia, la lucha por otra mundialización y los actores de la resistencia" Pág. 5. Ponencia en el Coloquio Internacional: *Moviendo montañas: transformando la geografía del poder en el sur de México*. 821 de marzo del 2001. Acapulco, Guerrero.
- Giménez, G. "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos". En *Los actores y sus formas de organización*. *Revista Mexicana de Sociología*. UNAM. México. 1994.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ediciones Era. México. 2000.
- Villoro, L. *Estado plural, pluralidad de culturas*. Paidós Mexicana-Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. 1998.